

Un modo de ser

Un perfil por Javier Darío Restrepo

Retrato de un padre arquetípico, un antioqueño de esos tallado por la sobriedad y la dificultad. De los que lleva la riqueza por dentro

Tení a mi padre más de setenta años cuando me pidió que lo acompañara a Envigado para pagar una deuda. El asunto, al parecer muy serio y grave para él, había sido mencionado varias veces pero jamás había entrado en detalles; ese día, mientras tratábamos de encontrar una enrevesada dirección, me explicó que hacía más de 30 años tenía la preocupación de esa deuda.

—¿Y de cuánto es? Le pregunté esperando oír una cifra descomunal.

Eran 16 pesos en ese tiempo, me dijo; y después explicó las operaciones que había hecho para convertir esa suma a la moneda del momento en que hablábamos. Localizamos a su viejo amigo, que recibió sorprendido su visita; se formalizó la entrega del dinero entre las protestas del acreedor que ni siquiera recordaba la deuda y luego, rebosante de satisfacción, me dijo el viejo:

—Era un peso que tenía encima, porque uno no puede estar tranquilo cuando no ha cumplido una obligación.

Así nos lo había dicho siempre, pero pocas veces había calado tan profundamente su enseñanza como en esa ocasión en que las palabras estuvieron acompañadas por una acción tan poco común. Era de pocas palabras, pero sabía decirlas con esa autoridad que tiene todo lo que ha sido decantado por largos años de sabiduría vivida. Un día iba con mis compañeros de colegio cuando lo vi cruzando la plaza principal. Llevaba puesto su delantal de trabajo y sobre el hombro derecho cargaba un largo y pesado tablón que llevaba para su taller de carpintería, una cuadra más abajo de la iglesia.

Mis compañeros, con esa alegre ligereza de los adolescentes, se burlaron al verlo y con cierta crueldad me hicieron objeto de chistes. Él lo notó y después me preguntó por el motivo de las risas.

–Les pareció que te rebajabas cargando ese tablón por la plaza, le dije.

–El trabajo no rebaja a nadie –me comentó mientras con el cepillo sacaba volutas de viruta que caían sobre el banco de trabajo y llenaban el taller de un fuerte perfume campesino–. Lo que sí rebaja es ganarse la vida sin trabajar, o peor si es haciéndole daño a alguien.

Lo dijo con tanto énfasis que entendí que había buscado la ocasión para decírmelo. Siempre mantuvo ese concepto calvinista de que el hombre sólo debe tener el dinero y los bienes que haya trabajado con sus manos.

Era además obsesivo en su idea de que la obligación de ganar dinero para el sostenimiento del hogar era suya y de nadie más en la familia, por eso en los momentos difíciles –que fueron casi todos– se negó a recibir ayuda de mamá o de la abuela. El dinero que llegó a través de ellas sólo lo aceptó de modo renuente como ayuda transitoria. Para él era cuestión de obligación y orgullo personal sostenernos con el producto de su trabajo.

Hechos como esos son los que espontáneamente vienen a mi memoria cuando trato de describir el alma antioqueña; sobre todo porque salido del enclaustramiento de la adolescencia y la juventud, y después del contacto con numerosos antioqueños, llegué a descubrir que aquellas actitudes y episodios no se habían dado solamente en mi hogar. Así como en todas aquellas familias se mantenían las mismas tradiciones, las mismas comidas y hasta la misma entonación entre cordial y voluntariosa, también se cultivaban esas actitudes ante la vida, que definen un alma colectiva.

Y así como actuaba ante las obligaciones, ante el trabajo, y ante el dinero, ocurría con otros asuntos como el respeto y el amor a los padres. Así, en ese orden, primero el respeto y después el amor. A los padres no se les podía replicar cuando regañaban; el que lo hacía era un *respondón* y *grosero* y ni pensar en *levantarles la mano*. Al hablarles había que guardar

Un pájaro preso es un hueco en el aire

ciertas formalidades. Si llamaban, responder *sí señor, sí señora* porque, decía “se gasta más tiempo, pero se oye mejor”. A mi padre nunca le oí un tuteo para mamá, siempre la trató de *usted*. Una vez le hablé a ella de *tú* en su presencia y después me comentó que él nunca lo había hecho “por respeto”.

Solía contar su viaje a pie desde Jericó hasta Medellín en busca de un hermano mayor que había ido a prestar servicio militar. Hizo el largo viaje, toda una aventura porque no conocía la ciudad, sólo por traerle un poco de tranquilidad a la madre que, desde la partida del muchacho, había llorado todos los días. Una sola indicación de la madre a quien le había disgustado verlo mal acompañado, bastó para hacerlo retirar de la banda de música en donde tocaba la flauta.

Una sola vez le vi tomarse dos tragos seguidos: fue cuando llegó la noticia de la muerte de su madre. Ese día entraron en conflicto dos valores del alma antioqueña de mi padre: el amor intenso, absorbente, desmedido por su madre, y su actitud cristiana ante la muerte.

Católico practicante, de una religiosidad que le venía de dentro, me dejó, entre cosas, dos imágenes inolvidables: aún me parece verlo tras la muerte de uno de mis hermanos recién nacido. Él mismo le hizo el ataúd blanco con algún adorno rústico. Eran tiempos más duros que los demás y sin posibilidad alguna de contratar un coche mortuorio o un taxi. Con ese ataúd blanco y el cadáver del recién nacido dentro, se fue a pie por el tráfico torrencial de la carrera 18 de Armenia.



A veces los vehículos disminuían su marcha al verlo pasar con su extraña carga al hombro, y desde las puertas y ventanas de la casa y cafetines muchos lo siguieron con respetuoso asombro después de santiguarse. Así llegó hasta el cementerio, sepultó en la tierra el pequeño cuerpo de su hijo muerto, rezó en silencio y le ayudó al sepulturero a plantar encima una cruz blanca de madera.

Él fue quien me dio la noticia de la muerte de una de mis hermanas que tenía entonces once años. Había ido a traerme del internado donde estudiaba, y viajábamos en tren. Feliz con la perspectiva de las vacaciones y del regreso a casa, yo no había notado nada anormal en él hasta que, entre el traqueteo del vagón, interrumpió mi charla para decirme, repentinamente serio:

–Mijo, le tengo que decir algo muy delicado, tómelo con valor. Su hermana, Luz Marina, se nos murió.

Ante mi adolorida reacción, siguió diciendo con una convicción asombrosa: –No llore mijo, que Dios da y Dios quita. Él sabe por qué lo hace.

Ante esos hechos, aún las más respetables teorías sobre el alma antioqueña me parecen especulaciones de escritorio, de una validez relativa.

Quizás la descripción más conocida es la del profesor Luis López de Mesa que veía al antioqueño “tímido y orgulloso a la vez, mezcla que le perjudica grandemente, porque le priva de la flexibilidad del bogotano y de la agradable franqueza del costeño. Aventurero, también gusta de conocer el mundo, y es observador de mucha inquietud mental, aunque de información en superficie todavía.

No posee *humour*; ni siquiera se le reconoce fama de chistoso, pues su gracejo es por exageración al revés del bogotano que busca siempre el retruécano y el juego de las alusiones sutiles. Abusa del diminutivo para calificar a las personas y las cosas, y sin embargo le embaraza expresar públicamente la ternura de sus íntimos afectos”.

Agregaba López de Mesa la tradición de honradez, su ambición, su amor por el bien público y la mancomunidad y su inteligencia muchas veces sin cultivo porque la pobreza y las tempranas responsabilidades suelen

alejarse de las aulas.

Esa fue su visión del alma antioqueña, en parte coincidente con la que me dan los recuerdos de mi padre. Del alma antioqueña cada quien habla desde sus experiencias personales. Mi padre reemplazaba las letras que no tuvo con esa sabiduría heredada de sus padres y con la que él mismo había adquirido a lo largo de una laboriosa y extenuante vida de carpintero. Lo recuerdo en Cartagena, en su primer encuentro con el mar. Se quedó silencioso, como si el asombro le hubiera quitado el aire. Dio unos pasos y se sentó en una roca y luego, cuando pudo hacerlo, sacó por entre un resquicio que le dejaba el maravillamiento, esta reflexión elemental tan suya: “Eh ave María. Dios sí es muy grande, ¿no?”.

En esa alma antioqueña de mi padre, Dios ocupaba la mayor parte. Con Él hablaba en silencio cuando ya vencido por los años, casi no podía embarcarse en sus interminables imaginaciones viajeras, con sus libros de geografía. Hasta el día de su muerte siempre estuvo proyectando un viaje a Jericó y siempre cedió a la fascinación de los mapas y de los relatos de viajeros.

Si yo escribiera algo distinto sobre el alma antioqueña, no haría otra cosa que vagar por el inestable terreno de las teorías. En el alma que yo conocí desde mis primeros años no hubo cabida, por ejemplo, para el entusiasmo por el enriquecimiento fácil que le atribuyen al antioqueño algunos teóricos. Por el contrario, en casa se llamaba a los nuevos ricos “carangas resucitadas”, la expresión era de mi madre y se la aplicaba a todos los que se avergonzaban de su origen y se ponían para vivir una máscara de personajes que no eran.

Tampoco eran parte de ese modo de ser ni la infidelidad conyugal ni el estilo de vida copiado de otros países. Los que por cualquier razón violaban las leyes de la fidelidad matrimonial, llevaban su doble vida con una íntima vergüenza y no se atrevían a ufanarse de ello públicamente. Siempre fue mirado como una trampa que se le hacía la vida, a los demás y a sí mismo, la destrucción de una familia.

No cabía en ese talante llevar máscaras puestas: uno es como es y así debe mantenerse, decía. Lo otro es entrar en un baile de disfraces. Alguna

¿Los carros grandes los venden con atarbán adentro?

vez íbamos con mamá de viaje. Acosados por el calor buscamos un refresco pero la tienda más cercana era uno de esos bares de mala muerte a los que no entran las señoras. Los reparos de mamá los acalló él diciendo con la mayor naturalidad del mundo: “uno es lo que es en cualquier lugar”. Nunca creyó que los lugares o personas que frecuentaba, le aumentarían o disminuirían su importancia como persona.

El día en que mis hermanos y yo lo llevamos a su tumba recuerdo que, mientras cargábamos su ataúd, yo tenía una sensación asociada a la experiencia que había vivido años atrás en las selvas del Carare. Filmábamos la escena de la caída de un viejo roble, cuya base había sido aserrada técnicamente para que se desplomara hacia el oriente.

Después de las instrucciones meticulosas, voceadas a gritos para que nadie fuera a resultar lesionado, se oyeron el jadeo de la sierra eléctrica, el primer gran crujido del árbol, la voz de un hombre que gritó ¡vaaa!, más crujidos sucesivos del enorme tronco y de las ramas que se astillaban arrastrando consigo las lianas y los brazos de los árboles vecinos, y luego, como un grave acorde final, el estruendo de la caída de ese gigante que dejó vibrando la floresta como si fueran las naves de una inmensa catedral. Los chillidos de unos monos y de unos loros que levantaron el vuelo, fueron los últimos sonidos antes del silencio profundo que siguió al derrumbamiento del roble, mientras unos raudales de luz se precipitaban por entre el enorme boquete que había dejado abierto por entre la vegetación el viejo árbol derribado. Recordé ese silencio, ese árbol inmóvil y ese torrente de luz cuando llevaba a la tumba a mi padre a quien hoy, a la distancia miro con la estatura de esos enormes y viejos robles que reinan en las selvas.

No nos dejó más herencias que esa alma antioqueña que había tallado en nosotros con paciencia y primor de viejo carpintero, pero era más de lo que podíamos imaginar y esperar. Es la herencia que los hijos de antioqueños más amamos: tener un alma como la de los viejos troncos de nuestras familias.

Septiembre de 1993